

¡Qué fecunda palabra la de esos místicos cantares, que con el sentido de una significación divinamente doble ha servido tan bien para los tiempos de la expectacion de las promesas, como para los tiempos posteriores á su cumplimiento!

¡Saber cómo las alabanzas que hoy se cantan en las Catedrales del Universo, son las mismas idénticamente, son los Salmos que compuso David y que se cantaron hace treinta siglos en Jerusalem, y que sin interrupcion han venido cantándose de entónces á hoy, es saber una maravilla!

¿Qué cosa semejante á esta nos podrían dar á saber los que no comprenden la Iglesia católica romana?

#### CAPITULO V.

*Dramas, idilios, poemas bíblicos.*

Fuera del «Cantar de los cantares,» si en la Biblia no hay drama del género ficticio, hay sí, prescindiendo de la forma, verdaderos asuntos dramáticos desde el idilio hasta el género épico, con la calidad preferente de que los hechos y las personas son verdaderos.

Se nota en los sucesos dramáticos de la Biblia, una manifiesta intencion de la Providencia divina en dirigir la trama de tal suerte, que su efecto en el ánimo de los hombres fuese de un género como el que en nosotros producen el drama, el idilio y el poema ficticio.

Esta intencion de Dios no es de extrañar si se considera que el último designio suyo en la Creacion, es un drama, es un poema; el héroe es el Altísimo Dios cuyas soberanas perfecciones son puestas en accion. La conducta de Dios con respecto al hombre es, pues, y debe ser esencialmente dramática, esencialmente *poética*.

Admírese ahora á la Biblia satisfaciendo magníficamente esas condiciones. El Dios que de toda suerte quiere triunfar en el corazon del hombre ¡cómo no ser dramático! ¡cómo no idear, preparar y conducir con soberano poderio, asuntos que vienen á ser como un idilio, como un drama sentido, como una tragedia, como una epopeya, de cuyo argumento resulte siempre, el que se vea, el que se diga, el que se pregone cuán bueno es Dios, cuán justo, cuán deseable, cuán adorable.

Así, los asuntos mismos de los Salmos, que tratados en breve palabra dan una oda, esos mismos asuntos personificados, reducidos á hechos históricos, y pormenorizados, dan el drama, el idilio, la epopeya; hé aquí la unidad en cuantas cosas toma Dios á su cargo. Y si hemos hallado armonías, poco conocidas, de los Salmos al Evangelio, las hallaremos de cuantos asuntos dramáticos tratan los otros libros, para con los

Salmos. Ni existe esa armonía solo con los libros anteriores en tiempo á los Salmos, sino tambien con los posteriores.

Canta David la vocacion de los gentiles á formar con Israel un pueblo; «yo me acordaré de Rahab y de Babilonia;» «hé aquí que los extranjeros y Tiro y los, pueblos de Etiopía estarán allí (en Sion.)» El idilio de Ruth ¡con qué drama tan tierno pudo así inspirar aquella oda (Salmo 86.)

El drama de José es asunto de muchos Salmos (104, &c.) Y aquellas palabras: «*qui habitare facit sterilem in domo matrem filiorum letantem*» nos traen á la memoria á la madre de Samuel.

La historia de Tobías es el asunto, puesto en accion, de todos aquellos Salmos que hablan de la proteccion que el Señor imparte á los justos. «En el Señor tengo puesta mi confianza ¡cómo, pues, decís á mi alma retiráte al monte como el ave que huye?» «Mientras concede el Señor el sueño á sus amados hé aquí las herencias, los hijos, las ganancias, las crias de los ganados.» «El mandó á sus ángeles, que cuidasen de tí» (hé aquí el ángel Rafael) «hollarás los leones y dragones» (hé aquí el pez de que fué libertado Tobías.) «Clamará á mí y le oiré benigno;» (hé

aquí oída la oracion de Tobías.) «Le saciaré con una vida larga, le haré ver el Salvador que enviaré.» (hé aquí cerrada la historia de Tobías.)

El drama, la epopeya de Judith parecen ya celebrados en ese «*cantate Domino canticum novum,*» «*hi in curribus et hi in equis,*» en esa perenne sentencia del Profeta en que se inculca el poder del débil que tiene su fortaleza en el brazo de Jehováh. Por eso Judith decía en su entusiasmo, lo mismo que el Rey poeta: «alabad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia.»

En el drama de Esther, humilde cautiva, levantada del suelo al trono, sobrina de un cautivo tambien, aborrecido del gran privado del monarca persa, está puesto en magnífica escena ese, «*suscitans de terra inopem, et de stercore erigens pauperem ut coloret eum cum principibus.*»

Y ¿qué dirémos de esa correspondencia, de ese concierto que vá de la oda de los Salmos á la oda y á los dramas del Nuevo Testamento? ¿Qué dirémos de ese concierto, de esa unidad de asunto que hay entre la oda y el drama, del antiguo al Nuevo Testamento?

Si es con los Salmos, estos no hablan sino de aquel justo perfecto, perseguido de los malos, de un justo que es el mismo Señor, de la venida

del Señor para ejercer en el mundo su juicio en quidad, de un rey cuyas obras son todas gloria y magnificencia, de un extraño sacrificio, de un grande abatimiento, de una extraña oracion en un patíbulo, de una iglesia, grande premio que será dado á ese altísimo hombre, de una extraña resurreccion, de un rey de gloria que entra á los cielos, rey que es el mismo Señor; y «el Señor reinará, enójense los pueblos; el Señor reinará, regocíjese la tierra.» ¿No está contenido en los Salmos el drama del Evangelio, la historia del hombre de Dios?

Iguales armonías, igual unidad de asunto, de pensamiento, se hallan entre los otros libros del antiguo Testamento con los del nuevo. La gloria de la mujer, la mujer fuerte, la mujer admirable, la mujer salvando á su pueblo, la humilde venciendo al soberbio, es el asunto dramático que no se abandona, que va sosteniéndose cada vez con mayor magnificencia desde Eva que entra en guerra con la serpiente, Eva pobre victima de Satanás, que por el mismo Dios es constituida en enemistad con el astuto reptil, hasta esa mujer misteriosa que librárá el último combate en los tiempos del último juicio.

Nótese qué armonías, qué correspondencias, qué pensamiento tan bellamente sostenido del

uno al otro cabo de la Biblia. Eva y la Serpiente: la serpiente quiere perderla á ella y á su pueblo; pero al cabo la serpiente se retira con ignominia, la culpa de la mujer es la ocasion de una reparacion admirable; Eva pierde el Paraíso, pero gana á Jesucristo y á María. Judith y Holofernes; más bien, Judith y Nabucodonosor, una humilde aldeana hebrea y el primer monarca del mundo, dueño de todas las naciones; la humilde vence al soberbio que quería destruir su linaje; el fuerte queda cogido en las redes de la sencilla, y su pueblo queda salvo y se enriquece con los despojos de los soberbios. Esther y Aman: la cautiva es exaltada hasta el trono del altísimo Assuero; el favorito del Rey quiere destruir á todo el pueblo vencido, en odio á un hebreo que no quiere adorarle; mas la cautiva, con una palabra de su boca, entre el miedo y el desmayo, gana al Rey y pierde al Ministro en el ánimo del potente, y el altivo privado es suspendido en la horca que destinaba para vengarse del tío de la esclava y el pueblo queda salvo y se le entregan á saco los bienes de sus mismos Señores, y ella es proclamada madre del Rey y madre de su pueblo.

Pero todo eso no es más que un remedo del drama supremo: María y el ángel malo. Todos

los dramas que le preceden le son semejantes hasta el punto de ser maravillosa la semejanza, pero todos le son inferiores. María será como Eva, madre de un gran pueblo; Eva y Adán estarán á la cabeza del humano linaje; María y Jesus, á la cabeza del linaje santo de los cristianos; Eva es la madre de Abel sacrificado á la envidia de su hermano; María la madre del que los judíos sacrificaron; Eva, Adán y la serpiente al pié del árbol representan el drama de la ruina del hombre; María, Jesus y el Angel malo representan el drama de la restauracion del hombre; el Soberbio es humillado en uno y otro drama.

La serpiente vuelve á aparecer en el drama de Judith; pero ya la astucia ha pasado de la serpiente á la mujer; la cabeza de la serpiente ha comenzado á ser quebrantada; hé aquí lo que hay de comun de este drama al del Paraíso; de Judith á María es hermosa la armonía en que figura, de una parte, la casta viuda llorando de terror al asestar el golpe sobre la cerviz del incircunciso, en su diestra el pesado alfanje y con su siniestra asiendo los cabellos de la cabeza del altivo que yace ébrio entregado al sueño; y de otra parte á la Virgen sin mancha herido de parte á parte el corazón, guardando en su alma

un mar de amarga pena, venciendo así la antigua serpiente, á aquel malvado que persuadió á Eva la débil el goce prohibido.

En el drama de Esther las armonías se multiplican. Ahí está Eva, ahí María, y siempre la serpiente, siempre el soberbio derribado y siempre sus golpes vueltos contra él mismo, y siempre un pueblo salvado de perecer. Esther preferida á la inobediente Vasthi reina de los persas, ántes era la esclava, despues la reina en lugar de Vasthi; por causa de Adan todos los hombres sujetos á muerte, por causa de Mardoquéo, todos los los judíos proseritos; pero los hombres y los judíos son salvados; aquellos no por Eva sino por María, estos no por Vasthi sino por Edisa, y el soberbio Aman es colgado del patíbulo, y el soberbio ángel es afrentado por el patíbulo de Jesus; en vez de Mardoquéo es colgado su injusto perseguidor; Jesus es colgado de la Cruz, y con eso la serpiente del árbol del Paraíso, ve su ignominia en esa parodia de caridad sublime.

Y el drama de la mujer no ha terminado: librarse ha un combate final; la Bestia de siete cabezas y diez cuernos, querrá devorar á la hermosa y púdica Virgen; pero la Virgen será salva y verá consumada la ignominia del Soberbio.

Para completo, compárense los cánticos de unos héroes con otros. Ana la estéril parirá un profeta, Juez de Israel, y en su trasporte de agradecimiento, hablará del gozo en que rebosa su corazon, hablará de pobres colmados de bienes, de hambientos plenamente saciados. A su semejanza María entonará el "*Magnificat*," celebrará su propia dicha y dirá otra vez de pobres saciados y de ricos despojados; pero el prodigio ya no será sobre la esterilidad, sino sobre la virginidad; parirá una Virgen y parirá á Dios hecho hombre. Judith presentando con sus manos á Betulia la cabeza del soberbio asirio, alaba al Señor "que no ha desamparado á los que han puesto en él su confianza; y por medio de una esclava suya ha dado una muestra de aquella misericordia que prometió á la casa de Israel." María la esclava del Señor, áun ántes de luchar con el soberbio, ya se llama bienaventurada y habla tambien de la misericordia del Señor á los que le temen, misericordia que usará con Israel.



los anteriores, en todo lo que ve al culto, y este capítulo será como la introducción á un asunto tan bello como importante.

Calificar de "teatral" el culto católico romano, está tan fuera de razón, como puesto en razón está calificar el teatro de "profanador."

¿Por qué? Porque decir "teatral" al culto católico, es como decir: "esa pompa es para el teatro;" cuando la razón nos enseña que para Dios es todo y, así, es para el templo la pompa de los teatros; en consecuencia, no es el templo el usurpador sino el teatro.

La naturaleza del hombre está hecha para los espectáculos, para el teatro, para la escena, para la música, la poesía, la pintura; ó en otros términos, los espectáculos, el teatro, la escena, la música, la poesía, la pintura son para gloria de Dios, y toda gloria se debe á Dios, y el hombre no pone en escena, no ofrece en espectáculo, no entona, no canta, no pinta, sino aquello que quiere glorificar. ¿Qué hacer, pues, de los espectáculos, de la escena y de las bellas artes, si no se consagran á Dios las primicias de esos dones? Si un gran personaje ó una acción heroica tienen á su servicio el teatro y las bellas artes, ¿no deberá tenerlas la religión para que Dios sea mejor sentido?

Invertidos como están los conceptos de los hombres acerca de los fines del mundo visible y de la Naturaleza humana, no debe admirarnos ver un teatro suntuoso frente á un humilde templo; ni debe admirarnos en consecuencia que una verdad tan natural como es la tesis del culto católico, haya tenido siempre que sufrir tan rudos ataques. ¿No veis la pobreza del templo de Dios y la riqueza de los palacios de sus creyentes?

¿Quieres ser amado? Que tu amada te vea en escena á través de un personaje que en su historia se te parezca; las antorchas y la pedrería, los mármoles y el oro, las armonías musicales, los perfumes, todo servirá para ensalzarte, para que triunfes en el corazón cuyo amor solicitas, para que en ese corazón seas por fin glorificado.

Quiere Dios ser amado, quiere Dios ser glorificado en tu corazón; ¿cuánto no habrá de decirte el espectáculo del Santuario! Allí verás al Cristo clavado en la Cruz, ó repartiendo el pan místico á sus Apóstoles; allí verás á María, en su concepción inmaculada, hollando la cabeza del reptil, ó la verás también como un ideal de dolor sublime en espectáculo sobre la roca del Calvario.

¿Para qué es el arte de Rafael y de Miguel Ángel, sino te sirven para ponerte al vivo, para

presentarte á los ojos, los beneficios de amor, la gloria de tu Dios? Y los conciertos musicales ¿por qué no han de ensayar con su mágico artificio el que tu alma sienta algo de lo que al arte le es dado hacer sentir de la gloria del Padre, del triunfo de su Cristo, de la belleza de María, del celo de Pablo, de la humildad de Pedro, de la gloria de Dios en sus ángeles y en sus Santos?

¿Pondría Dios perfumes en la azucena, más para que te convide al amor terreno que al amor del autor de la azucena? Y los conciertos musicales ¿no deberán servirte de preferencia para excitar en tí nobles pasiones con que sirvas al que es beldad perfecta, más bien que á esa frágil caña que llamamos «mujer?»

Admira ver cómo los hombres no encuentran razonable, lógico, armonioso, natural, en una palabra, el que al culto del Criador concurra la creación entera, lo visible y lo invisible, lo animado con lo inanimado, si no por Dios, siquiera por el hombre. Si todo lo criado me puede hablar de Dios y debe hablarme ¿por qué no lo hago entrar en parte al culto divino? ¿Se dirá acaso que la Biblia enseña el culto que á Dios debe darse? ¿Acaso el culto judío ha de ser el del pueblo cristiano? ¿Acaso porque Dios pide ser

adorado en espíritu y en verdad, quiso eliminar el culto del cuerpo unido al del espíritu?

Eso implicaba un trastorno radical de la Naturaleza humana, y Dios pudo quererlo, concedámoslo, ¿pero está probado que así lo haya querido, y está probado tan satisfactoriamente como debe serlo para que se tenga por expresamente derogado el orden natural? De ninguna manera; y sí, por el contrario, vemos con el Cristianismo llegado el tiempo de que lo natural fuese restablecido por lo sobrenatural, de que Dios recibiese culto solemne no solo en Jerusalem sino en todo lugar, de que todas las cosas fuesen llamadas al templo cristiano, todas las bellezas del arte, todas las bellezas de la Naturaleza: *«benedicite omnia opera Domini Domino,»* así como también se había anunciado: *«laudate Dominum omnes gentes.»*

Hay una gran verdad que en este asunto y en los análogos que luego trataremos, tiene su oportuna aplicación; es esta: en religion aquello que no necesite ser revelado y que la razón indique por sí sola, al dictámen de la razón ha de sujetarse, pero al dictámen de la razón interpretada por la autoridad religiosa.

Este principio donde tiene grande aplicación es en la cuestión del culto cristiano.



El culto judío ¿debió subsistir venida la plenitud de la ley? No. ¿En el Evangelio se determina la *forma* de adorar á Dios, de darle un culto completo? No. Porque bastaba al hombre lo que la Naturaleza le enseña. Una vez sabido que el Padre envió á su Hijo para salvar al mundo, que el Hijo hecho hombre era la gran ofrenda, el gran don en que el Padre podía complacerse, ¿no era asunto del orden natural todo lo demás? Hé aquí el dominio de la razon en manos de la autoridad religiosa.

Es verdad que el culto cristiano ha sido conducido por una providencia especial, ó como se dice en lenguaje de los creyentes, ha sido inspirado por el Espíritu Santo; pero cabalmente la accion providencial ha influido nada ménos que en dar á la Iglesia el acierto para atinar en ese punto con el más perfecto naturalismo religioso.

Los que fundan la *forma* del culto en lo que da de sí la Biblia, incurren en alguna de estas tres faltas: ó cometen un anacronismo criminal apelando al ritual hebreo, esa es una; ó abandonan las indicaciones de la razon ó sea el orden natural, que es de Dios, por una indicacion que no es del caso y esto solo por los vagos conceptos que en orden á la *forma* del culto puede

presentarles el Nuevo Testamento, esa es otra; ó dan por innecesario el culto formal; otra no menor que las anteriores; tres expedientes que dejan en la religion un gran vacío.

Pues ¿qué! ¿el Cristianismo dejó al hombre sin cuerpo, sin sentidos, sin la imaginacion, sin esa su naturaleza á la vez espiritual y sensible?

Dejad al hombre sin que sus ojos vean imágenes que le hablen de Dios, sin que sus oídos perciban armonías que le hagan sentir dulcemente de Dios, sin que los aromas sagrados le presten el olor de la divinidad, sin que en la tierra se remede el cielo, y ¿qué tendreis?

¿Hombres más espirituales? ¡Triste divorcio! el orgulloso espiritualismo, por no querer ver á Dios con los ojos, pronto lo ha perdido de vista de toda suerte! Quemad la imagen de Jesus y de María, pronto quemareis la Biblia, pronto oireis sin advertencia y sin respeto pronunciar el nombre de Dios, pronto os parecerá de buen tono omitir ese santo nombre, que relegareis á la rusticidad y al fanatismo, porque pronunciar ese nombre llegará á causaros vergüenza.

La gran dificultad que en la religion judía demandó nada ménos que una providencia especial de Dios, fué la prohibicion de las imágenes y la limitacion del culto sensible y solemne

á solo el templo de Jerusalem; dificultad tan grande, que no bastó la reciente memoria de las maravillas de Egipto ni del mar Rojo, ni el prodigio actual del maná, para que el pueblo no se mandase fundir el becerro de oro. Y la dificultad subsistió siempre, y al fin el becerro de oro prevaleció en diez tribus; y la dificultad subió de punto cuando removido á fuerza de tremendos castigos el peligro de idolatrar, esos creyentes sin imágenes, y sin culto solemne fuera de Jerusalem, no eran ya idólatras sino deístas y hasta descreídos.

Nunca podría ser, pues, el Judaísmo ni la Biblia, que solo con él habla cuando se trata del culto solemne, por lo ménos en la letra, una objecion contra esa verdad tan natural que venimos vindicando. Los judíos vivieron siempre vida milagrosa, sobre todo la vida de religion; la privacion de muchos elementos naturales de toda religion, estuvo compensada con ese cuidado especial de Jehová, que si obligó á su pueblo á lo *anti-natural*, fué porque lo sostenía sin descanso con lo sobrenatural de una providencia especialísima con su escogido.

Pero no anticipemos el tratar este punto que merece un estudio más detenido, cual es el de las imágenes y los accesorios del culto católico.

Para mayor claridad en nuestros conceptos, vamos á consagrar al estudio del culto cuatro capítulos. Por su orden trataremos; 1.º «del culto prefigurado en la Naturaleza física.» 2.º «de las fórmulas del ceremonial, 3.º «de la idolatría ó el Paganismo, &c.» 4.º «Del breviario, el misal, &c.» 5.º «El latin, &c.»

CAPITULO VII.

*Del Culto, prefigurado en la Naturaleza.*

En lo que debe aplicarse forzosamente la ley de las armonías, de las figuras ó correspondencias, es en el culto religioso.

Un culto que carezca de analogías con la Naturaleza, lleva en su contra grande inverosimilitud, y da lugar á sospechar que no es el culto verdadero y que la religion que lo enseña no es la verdadera.

Recíprocamente: en la Naturaleza está sin duda simbolizado un culto y una adoracion, y esa leccion debe ser para los hombres.

Cuando sale el sol, y le saludan con cantos las aves, y todo el esplendor de la mañana pa-

rece decirle *hossana*, ¿no tenemos una escena de adoracion?

Cuando sale la luna, y la tristeza de los campos y de las ciudades cede á un sentimiento de paz y consuelo, y los valles y las montañas parecen decirle, «salve, reina, salve, dulce virgen,» ¿no tenemos una escena de *adoracion* semejante á la del sol?

No hay duda, el culto religioso debe estar figurado en la Naturaleza y, recíprocamente, las escenas de la Naturaleza reclaman una realidad de orden más elevado.

Si dijéramos que el Sol es figura del Eterno, y que el *hossana* de las aves y de toda especie de animales, cuando amanece, es el poético símbolo del *hossana* que los ángeles en el cielo elevan y los hombres en la tierra deben elevar al esplendoroso Jehováh, diríamos poco y nos detendríamos en los primeros albores de la ciencia santa. Aquellas figuras deben referirse á un culto ménos vago, ménos indeterminado; aquellas figuras deben referirse al Cristo, á un culto solemne, circunscrito, formulado, ennoblecido con todo lo que la Naturaleza pueda prestar para complemento de lo que la revelacion del Cristo ya nos ha dado.

Los católicos romanos tenemos ese culto: una

misa solemne es el culto perfecto, fuera del cual en vano buscaríamos otra realidad que como él se asemejase tanto á su figura. Probemos, pues, á poner en paralelo esas armonías.

Después que el sacerdote en su nombre y en el de todos los asistentes ha dicho con las proféticas palabras de David: *«emite lucem tuam et veritatem tuam . . . . . salutare vultus mei et Deus meus,»* verdadera aurora del sol que pronto va á aparecer, las melodías del coro, de los ángeles del templo, semejantes á las aves al amanecer, rompen el silencio, y los pobladores de ese sagrado recinto de un templo que es como un cielo y una tierra, hombres de todas condiciones y de todas naciones, se preparan para contemplar en espíritu al Cristo que va á aparecer, al que se llama Luz del mundo y Sol de justicia; y ese sol ilustrará con invisibles esplendores los ojos del alma de sus creyentes y vivificará con calor celeste el corazón de los que le adoran.

Llega, pues, el momento solemne; semejante al *«fiat lux,»* el *«hoc est corpus meum»* hará aparecer al Sol de los espíritus. El sacerdote eleva la Hostia y los asistentes se conmueven; voces del corazón se levantan al Rey de los siglos; el *«hossana»* del coro llena el templo de entusiasmadas melodías.

Así cuando el sol brilla en el Oriente, los cuadrúpedos, las aves, los árboles y las flores dan muestras de alborozo.

Cuando el sacerdote consagra, Jesucristo nace sacramentalmente, y sus adoradores, de niños, alzan voces de alabanza; el humo del incienso asciende á las bóvedas en fantásticas columnas, la voz solemne de las campanas y los conciertos del órgano acompañan el himno del Sacramento, *O salutaris hostia*. Así al nacer el sol, rumores de dicha y voces de júbilo se alzan de toda la tierra, las brisas se levantan y á sus halagos todo se vivifica; las flores exalando perfumes, vuelven sus corolas hácia el astro de luz, y las nieblas dejan la tierra, semejantes al incienso, para remontarse á las alturas.

Cuando Jesucristo aparece en los altares, toda honor y toda atención es para El solo. Cuando el Sol aparece en el Oriente, todos los astros quedan eclipsados, apénas quedará la Luna, apénas la estrella de la aurora; así delante del Cristo no queda visible sino María, ó ya el Bautista, ó ya José, ó ya el grande Arcángel.

Otra vez la Hostia vuelve á aparecer á la vista de los asistentes: palabras de tristeza y arrepentimiento salen de todos los corazones al ver la humillación del Altísimo, que desciende al

abismo de la criatura, á la humilde morada del corazón del hombre; entónces todos callan, las luces se retiran, las dulces melodías dan lugar al silencio. Así al ocaso del sol, las aves, los árboles, las flores, las brisas enmudecen, todas las cosas parecen contemplar atónitas al rey del cielo sumergirse en los horizontes de Occidente.

El Sol vuelve á aparecer otro día. Así el Cristo resucitó. Así se repite diariamente el sacrificio de la Misa.

El Sol alumbra en todas partes y sin cesar tiene orientes y ocasos. Así se dicen misas en toda la redondez de la tierra y sin cesar se dicen siguiendo el curso del Sol. ¡Admirable consonancia!

En estos conceptos estarán de acuerdo los protestantes con nosotros; no será con ellos la cuestión. Los racionalistas y los deístas habrán, pues, de decirnos: ¿Se ha de dar un culto solemne al Sér Supremo? ¿Cómo habrémos de darlo? ¿Está ese culto en las escenas de la Naturaleza? ¿Qué parte tiene en ellas el hombre? ¿un sentimiento vago de adoración? Si las escenas de la Naturaleza son ya el culto solemne que el hombre debe dar á Dios, ese culto es demasiado vago. Si esas escenas son solo una figura, ¿dónde

encontrar ese culto que aquellas simbolizan si no es la Misa de los cristianos?

Obligados los protestantes á admitir nuestros principios, no son consecuentes en su aplicacion ulterior. Si las escenas que ofrece el reinado del Sol deben ser figurativas del reinado del Cristo sobre nuestros altares, ¿qué dirán del reinado de la Luna? ¿Este reinado semejante al del Sol, qué, no será figura del reinado de María?

Nace la Luna cuando se ausenta el Sol; llena se muestra en el Oriente cuando el rotundo Sol se esconde en el Ocaso; se le ha dado el imperio de la noche; ella será guía del viajero, consuelo y confidente del alma enamorada; ningunos ojos resistirán los rayos del Sol; todos los ojos podrán alzarse á la nevada luz de la modesta reina de las estrellas; á la luz de esa luna ¿que valen Sirio, ni Arturo, ni Antares, ni Régulo! ¿El astro melancólico! ¿no es la amistad de todo el que sufre?

Así María: Si Jesucristo, si el Dios excelso desaparece á nuestra consideracion, ¿cuán grande queda esa criatura! Llena de gracia la llamó el ángel; alcanza su excelencia hasta donde es posible á la criatura, así como la excelencia de lo Infinito alcanza hasta donde es necesario al

Infinito; se le ha dado el imperio en la noche de la vida, el imperio de la misericordia con los pecadores, con los pobres, con los afligidos, habitadores todos de tristes tinieblas; ella será guía del mortal viajero del siglo, consuelo y confidente del alma que anhela por el amor del bien sumo, de la beldad perfecta; ¿quién podrá alzar sus ojos delante de Jehová! ¿quién resistirá las miradas de su justicia! ¿quién no podrá invocar á la humilde esclava del Señor, á la triste madre del Crucificado, de aquel que murió por salvar á los pecadores!

Delante de María, ¡qué pequeños aparecen los más grandes santos! Todos han nacido manchados, solo María es la inmaculada desde el primer instante; todos son vasallos, ella es la reina; María madre de misericordia ¿no es la amiga de nuestros infortunios?

Estas analogías son forzosas y, sin embargo, los protestantes, que se empeñan en rebajar la grandeza de la Madre del Verbo, tienen que negarlas; todo el tamaño de María quieren medirlo por el silencio del Evangelio, y no quieren convenir en que si el Evangelio ha callado, es porque las grandes figuras bíblicas del Testamento antiguo y la gran figura natural del astro de la noche, ya lo han dicho todo; bastóle al

Evangelio decir "hé aquí á la Madre del Hijo de Dios," y ya con eso el Testamento antiguo y las alegorías del firmamento, podían explicar todo lo demás.

Los deístas y racionalistas han querido encontrar en la Naturaleza el verdadero culto de la religion. Como en todo error, hay aquí un fondo de verdad. La verdad es que en la Naturaleza debe estar el culto en figura y que, además, de la Naturaleza debe tomarse cuanto la revelacion no haya definido.

Si las aves cantan para el Sol, ¿no deberán cantar los hombres para el Cristo, para Dios?

Si el bosque tiene sus sombras, morada del misterio, ¿no deberá el hombre levantar templos donde en medio de otras sombras esconda otros misterios?

Si la Naturaleza se entristece y se regocija, ¿no deberá el hombre entregarse á la penitencia ó regocijarse en Dios su Salvador.

Si en los campos vemos alzarse la montaña sobre el valle ¿no está ahí la figura del pavimento del templo y de su tabernáculo? En el valle pacen los cuadrúpedos, en la cumbre de la montaña coloca el águila su nido.

¿No es el trigo el sustento universal, no es la vid el refrigerio universal? Admirable es la re-

ligion que tomando el pan y el vino los ofrece para que se conviertan en el cuerpo y sangre del Hijo de Dios, que luego es ofrecido al Padre celestial bajo la figura de una víctima hecha carne y sangre por la salud del pecador, bajo la figura del sustento y el refrigerio en que se dá Dios mismo para calmar el hambre y la sed de nuestro corazon.

El aceite que dá el olivo incorruptible, el incienso que dá el perfume quemado en el fuego, la cera delicado presente que labran las abejas para de ahí formar limpias antorchas, ¿no las aprovechará la religion como elementos del culto solemne visible, como símbolos del culto del alma?

Ved ahí cómo la religion católica romana todo lo utiliza, nada deja inútil, hermanando los grandes misterios del mundo invisible, del mundo sobrenatural, con los hermosos misterios del mundo visible, del mundo natural, y realizando así con una magnífica y precisa aplicacion el ideal vago de los deístas y racionalistas, que en su sistema quieren explotar la Naturaleza para el culto de su autor, pero hasta ahora no saben cómo.

Pues ¿qué, no es misterio ese aceite fruto del olivo, ese perfume que viene de los árboles de

la montaña para exhalarse cuando sus lágrimas sean echadas al fuego? ¿Qué, no es misterio ese tesoro que labran las abejas inocentes, amigas de la soledad, que van siempre en pos de la dulzura, que de las flores de la selva la llevan al fraternal albergue, y que á la par de la miel elaboran la cera incontaminada, fruto también de las inocentes flores, que al consumirse dará luz resplandeciente?

Los racionalistas y los protestantes ¿qué uso han sabido hacer de tan misteriosos dones? Porque, habémos de repetirlo, todo lo visible debe tener un fin más alto que las necesidades físicas y el recreo físico del hombre.

Sentado el principio de las armonías del culto con la Naturaleza, debemos llevar aún más allá su aplicación. Las fiestas de la religión debían seguir las fases de la Naturaleza, y la religión católica romana así lo ha hecho, continuando en esto el designio bien manifiesto de la Revelación.

Nada más hermoso ni más en armonía que contemplar al Hacedor Supremo renovando el mundo moral en el tiempo mismo en que el mundo visible es renovado.

Al declinar el Invierno, toda la cristiandad es llamada á la penitencia, porque vienen los días

en que los hombres han de ser renovados, y cuando el Sol brille en el Oriente con el esplendor de Primavera, y las aves, hirviendo el pecho en fuego desconocido, llenen los aires con himnos de júbilo y de dicha nueva, el Cristo aparecerá resucitado entre fulgores celestes, y los ángeles le anunciarán vestidos de cándido ropaje, cándido como la nieve, despidiendo sus ojos un brillo tan intenso como el del relámpago; y en todos los templos se verán las flores de la feliz estación, y el «gloria» y el «alcluya» entonados en alegres melodías conmoverán de gozo las almas de los fieles.

Semejante á ésta será la fiesta de «Córpus Christi» y no ménos en armonía con las bellezas y las figuras de la estación.

Cuando ya en las mieses está cuajado el grano que será pan allá en Europa y acá en América, aparecen las primeras nubes y el ronco trueno ruge á lo lejos en los montes vecinos, y los campos abrasados parecen invocar la lluvia fecundante para recibir el grano del maíz, sustento de los hijos del Nuevo-Mundo, las puertas del templo se abren para dar paso al Rey de los cielos hecho en la tierra el pan de los hombres, el verdadero pan de la vida verdadera.

Y el estampido del cañon y el clamor de las



campanas anuncia á la Majestad tremenda que es llevada en triunfo, y los coros de los niños que cantan el *panem de celo* y los de los levitas que entonan el *pange lingua*, dicen que Jehová no es ya sino el Cordero de Dios que mora entre nosotros, porque con nosotros tiene sus delicias.

Tales son las fiestas de la Primavera y del Estío religiosos, de las flores y de los frutos sagrados.

El Otono y el Invierno tambien tendrán sus fiestas.

Cuando sea el tiempo en que los árboles dejen caer toda clase de frutos, la Iglesia católica celebrará la fiesta de Todos Santos. El libro del Apocalipsis se abrirá para mostrar en los cielos millares y millares de escogidos, los de veste blanca, los de veste purpúrea, los mártires, las vírgenes y los confesores; el Evangelio se abrirá tambien para proclamar las bienaventuranzas, para enumerar las clases felices de los frutos que ha de cosechar el celeste labrador; de estos serán los pobres, los mansos, los pacíficos, los misericordiosos, los infortunados y los perseguidos por su justicia y virtud.

Y así como á la sazón de los frutos sigue de presto la caída de las hojas y el helado viento

del próximo invierno; así tambien, no bien los católicos habrán hecho memoria de *todos los santos*, celebrarán la fiesta de los difuntos. La imágen de la muerte la tendreis fuera del templo, en donde se deja sentir no ya el halago de los céfiros sino el destemplado azote del cierzo tempestuoso, en donde vereis flores que se marchitan y árboles que quedan como cadáveres ya desnudos de su verdor y follaje. La imágen de la muerte la tendreis asimismo dentro del templo, en donde los paramentos sagrados son de fúnebres colores y las voces de los levitas de lúgubres entonaciones. Se abrirá el libro de Job, y el desengaño de la vida y el tedio de la existencia ya al borde de la tumba, se harán patentes á los hijos del siglo con una palabra tan sentida, tan enérgica, cual no ha pronunciado hasta hoy mortal alguno; «Mi alma está llena del tedio de la vida. . . . hablaré en medio de mi amargura. El hombre, nacido de mujer, vive poco tiempo y está lleno de muchas miserias, «mi vida se debilitará, mis días se abreviarán; solo me quedará el sepulcro.»

Pero entre tanto se oirán tambien voces que anuncian la resurreccion de los muertos, especie de júbilo entre el terror de la muerte y el tedio de la vida, bien así como al desaparecer el folla-

je de los árboles viene á la mente el recuerdo y el gozo de la próxima Primavera.

¿Queréis ver cerrado el cuadro de armonías de las fiestas del Catolicismo con el de las estaciones de la Naturaleza?

Ahí tenéis el «Adviénto» que comenzando con el Invierno termina cuando éste se enervudece. En los días más tristes de la Naturaleza es cuando se celebra la venturosa venida del Dios Hombre, que apareció en el mundo cuando en él todo era desolacion, que aparecerá en el mundo cuando en él todo será angustia y tribulacion.

Comprobacion de la regla general son la excepcion que nos presentan los países australes, que siendo la parte menor del mundo habitado, no pueden hacer derogar la hermosa ley, sino que la suponen.

No nos basta el señalar la belleza de estas armonías; es preciso que demos su necesidad, y para esto repetirémos como tantas veces: Dios que estableció ese orden de las estaciones con tan diversos caracteres, ¿no tendría en ello designios morales y religiosos? Si quiso que con la variedad de los tiempos no entrase en tédio el hombre físico, ¿no querría tambien que con la variedad de las fiestas de su Iglesia no entrase en tédio el hombre moral? Y si el

orden físico se modeló por el moral y para el moral, ¿no serán las estaciones el símbolo de las fiestas ó estaciones religiosas? ¿No sería premeditada esa armonía, al parecer casual, en que tan bien se adunan las bellezas de la tierra con las del cielo?

El hombre es un ser racional y libre, y por lo tanto es digno de ser tratado como tal. Dios ha creado al hombre en su propia imagen y semejanza, y le ha dado la facultad de conocer y amarle. Por lo tanto, el hombre debe amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su fuerza, y con toda su ciencia, y amar a su prójimo como a sí mismo.

CAPITULO VIII.

*Ritos y Ceremonias de la Iglesia católica; Facultades de interpretacion en las cosas santas y en el gobierno eclesiastico.*

- Existe una ley en el órden físico: y nada de lo que atañe al hombre y á sus necesidades se le dá perfeccionado.
- Dios ha puesto á disposicion del hombre el propio cuerpo del hombre y todas las cosas que le conciernen, en tal estado, que Dios ha comenzado la obra y el hombre ha de acabarla.
- Esta ley existe en el órden moral y existe en el órden civil.
- Dios ha criado al hombre desnudo y ha criado las ovejas, el algodouero y los capullos de seda; y el hombre verá cómo ha de vestirse de

lana, de algodón y de seda. Dios ha criado las mieses y la vid, y el hombre verá como trillarás el trigo, y le molerá, y le cocerá para tomar el pan, y cómo de la uva exprimirá el mosto y fermentará el vino.

Dios ha dicho al hombre, «honra á tu padre y á tu madre,» y el padre y la madre verán de qué manera darán forma y ceremonia á los actos de esa honra que les es debida. Dios ha dicho al hombre, *omnis anima potestatibus superioribus subdita sit*, y las potestades verán cómo establecen el orden entre los súbditos dándole forma al derecho natural y estableciendo el ceremonial de la honra que les es debida.

Semejante á esa ley que rige en lo físico, en lo moral y en lo civil, ¿no existirá una en el orden religioso?

Dios ha dicho, «*hoc est corpus meum*. . . . .» «*hoc facite in meam commemorationem*;» Dios ha dicho, «*ite . . . baptizantes in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*;» Dios ha dicho, «*quorum remisseritis peccata remittuntur eis*;» Dios ha dicho, «*pascite qui in vobis est gregem Dei, etc.*» todo esto lo ha dicho á los jefes de la religion cristiana, y con especialidad al jefe de los jefes «*pasce oves meas, pasce agnos meos*;» ¿ya con sólo esas palabras quedaria determinada la forma

y el ceremonial de la Misa, del Bautismo, de la Confesion y de los otros Sacramentos? ¿con el «*pascite*» se entiende haberse de dar la palabra del Evangelio sin condimento y sin medida? Hé aquí planteada toda la cuestion de los ritos, de las ceremonias y del gobierno eclesiásticos.

La verdad de la doctrina católica en el particular resalta en esta alternativa: ó la forma, los ritos y el ceremonial de las cosas santas se encuentran detalladas en la Biblia, ó en la Religion rige la ley general que deja al poder humano la parte reglamentaria é interpretativa de los rudimentos revelados, ó en la Religion no ha de haber ritual ni ceremonial para las cosas santas, ni leyes humanas para el gobierno religioso de los fieles.

Así planteado nuestro asunto, nos es fácil exponer indeclinables verdades que dan á la religion católica romana la prepotencia sobre cualquiera otra en este punto como en tantos otros.

Que no sean las formas, los ritos y el ceremonial del culto judaico, y ya no se encuentran en la Biblia ningunos otros detalles tratándose del culto y de las cosas santas. Que no sea la disposicion de los campamentos del pueblo de Dios, y ya no se encuentran en la Biblia ningunos otros detalles tratándose de la organizacion